

JOSÉ VICENTE ALFARO



LA
FRAGILIDAD
DEL
CRISANTEMO



mñ

JOSÉ VICENTE ALFARO

LA FRAGILIDAD DEL CRISANTEMO

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2019, José Vicente Alfaro

© Poemas citados en pp. 17, 81, 153, 215 y 275 pertenecen a la antología *El pájaro y la flor*.

Mil quinientos años de poesía clásica japonesa (traducción de Carlos Rubio, Alianza Literaria, 2011), reproducidos por cortesía de Alianza Editorial y Carlos Rubio

© 2019, Editorial Planeta, S.A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4523-1

Depósito legal: B. 9.004-2019

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Black Print

Impreso en España-Printed in Spain

1

Asatori se sirvió un cuenco de verdura picada con arroz y se sentó sobre la vieja estera que cubría parte del suelo para compartir la frugal cena junto a su padre.

La cabaña carecía de mobiliario y, como la de cualquier otro aldeano, no era más que una precaria construcción de tabiques de madera y techo de paja. El campesinado, pese a constituir la mayor parte de la población y producir la totalidad de la riqueza del país, llevaba una existencia miserable y se hallaba sumido en el analfabetismo más absoluto. Sus vidas se reducían al fatigoso trabajo diario que les exigía el campo, y entre sus únicas distracciones tan solo se contaban los festivales sintoístas relacionados con el ciclo agrícola, así como las bodas y los nacimientos.

—La familia del crío desaparecido se encuentra hundida por completo —dijo Katsuro—. Y su hermano, el que logró escapar por los pelos, sigue muerto de miedo tras haber presenciado el rapto.

—Ya son demasiados los niños que los *tengu* han secuestrado —repuso Asatori mientras devoraba el arroz—. ¿No se puede hacer nada por evitarlo?

—Salvo procurar mantener a los críos alejados de los bosques, poco más se puede hacer. ¿Qué posibilidades tenemos simples hombres como nosotros de enfrentarnos a seres que habitan una realidad distinta de la nuestra?

Lejos de resultar extraña, la aseveración manifestada por Katsuro reflejaba el pensamiento de toda la sociedad, tanto de la población rural como de la urbana, incluida la propia

aristocracia. Bajo la denominación genérica de *yokai* se englobaba a todo tipo de demonios y criaturas sobrenaturales que desde tiempos inmemoriales formaban parte del folclore japonés. No todos los *yokai* eran malignos, también los había que socorrían a personas en peligro o daban buena fortuna. No obstante, la mayoría tenían malas intenciones y lo mejor que uno podía hacer era mantenerse alejado de ellos. Solían habitar en las zonas remotas de la naturaleza, y entre los más populares —además de los *tengu*— también se hallaban los *kappa** y los *oni***.

En una época en la que todavía la conciencia de mitos y leyendas impregnaba la mentalidad de los lugareños, todas aquellas monstruosas criaturas resultaban tan reales como podían serlo una vaca, un oso o una luciérnaga.

—¿Crees que los *tengu* devolverán al crío que se han llevado? —preguntó Asatori.

—Por lo acontecido hasta ahora, no parece probable —replicó Katsuro, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

De los *tengu* se decía que tenían predilección por raptar a los niños pequeños, a los que solían devolver en perfecto estado al cabo de un tiempo, buena parte de las veces. Sin embargo, lo cierto era que nada se había vuelto a saber de los críos que habían desaparecido durante los últimos años, cuyos cadáveres no se habían encontrado, por lo que tampoco podía descartarse la posibilidad de que todavía siguiesen con vida.

Katsuro miró a su hijo con ternura, y se sintió agradecido de poder tenerle a su lado. Actualmente, Asatori ya tenía dieciocho años, pero a los diez, mucho antes de que tuviese lugar la presente ola de secuestros, él también desapareció una tarde en el bosque sin dejar el menor rastro. Aunque no hubo testigos, todos dieron por hecho que los *tengu* se lo habían llevado. De hecho, lo que definitivamente confirmó las sospechas de los aldeanos fue que Asatori reapareció al cabo de

* Demonio con aspecto de anfibio y rasgos humanoides que habitaba los lagos y ríos, y al que se consideraba travieso pero letal.

** Una especie de ogro que poseía cuernos y colmillos, particularmente violento y peligroso.

un año, sin haber sufrido el menor daño y como si nada hubiese ocurrido. Asatori no recordaba dónde había estado ni quién o quiénes lo habían retenido durante aquel lapso de tiempo en que nada se había sabido de él. Lo cual, en realidad, encajaba con el modo de actuar de los huidizos *tengu* y su afición por los secuestros de duración limitada.

—Yo me ocupo de recoger los platos —dijo Asatori cuando terminaron de comer.

Katsuro asintió con la cabeza y, tras darle las buenas noches a su hijo, se acostó en un lecho situado en un rincón de la estancia. Se quedó dormido en menos de un minuto, completamente exhausto tras una dura jornada de trabajo.

Asatori fregó los cuencos y apagó el fuego que habían usado para cocinar. Luego se tendió en la cama, pero no cerró los ojos de inmediato. A través de la ventana se colaba un rezo de luz de luna que teñía el suelo de blanco. El joven campesino se sentía muy desdichado. Desde su insólito regreso tras el secuestro del que había sido víctima, el resto de la aldea lo había tratado como si fuese un apestado. Los otros niños dejaron de jugar con él debido a la expresa prohibición de sus padres. Tras haber permanecido con los *tengu* por espacio de un año, Asatori se había convertido en una especie de ser maldito con el que nadie quería relacionarse, como si él mismo fuese una de aquellas criaturas sobrenaturales o se hubiese contagiado de la maldad que se les adjudicaba. Desde entonces, únicamente su familia lo había apoyado: sus padres y su hermana mayor.

Para su desgracia, con el paso de los años Asatori había recibido dos reveses más. Primero fue la muerte de su madre, cuyos problemas de salud ya venían de largo. Y, un tiempo después, la partida de su querida hermana, que hasta entonces jamás se había separado de su lado y le había brindado el cariño que nadie más le daba. El matrimonio pactado con un pescador de una aldea costera la había alejado definitivamente de él.

Asatori llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de abandonar la aldea y comenzar de cero en otro sitio. Si se

quedaba, jamás podría casarse ni formar una familia, y cuando su padre también le faltase se enfrentaría a la soledad más absoluta. Sin embargo, aquella posibilidad implicaba serias dificultades. Si se trasladaba a una aldea cercana, los rumores se extenderían con rapidez y muy pronto sus nuevos vecinos sabrían quién era, y sería como si nada hubiese cambiado. Y si emprendía un viaje de mayor calado, más allá de los confines de la provincia, el gobierno central no se lo pondría fácil, porque solía requerir a los viajeros algún tipo de identificación que él no tenía. Y, aunque lograse superar los controles fronterizos y recalar en una población donde nadie lo conociera, ¿de qué iba a vivir sin unas tierras propias que labrar?

También había considerado la opción de ingresar en un monasterio budista, como hacían ciertas familias con algunos de sus hijos cuando ya tenían demasiadas bocas que alimentar. No obstante, la vida monacal no le atraía lo más mínimo. Aunque algo bajito, Asatori era un muchacho atlético y de constitución robusta, dotado de una privilegiada combinación de habilidad y fuerza física que le capacitaba especialmente para los trabajos de tipo manual. Por lo tanto, la perspectiva de pasarse el resto de sus días encerrado entre cuatro paredes, dedicado a orar durante la mayor del tiempo, no le parecía la mejor alternativa. La vida religiosa le haría sentir igual de desgraciado.

Asatori dejó caer los párpados, que ya comenzaban a pesarle. Tenía los ojos de color avellana, la nariz achatada, y su fuerte complexión física contrastaba notablemente con su rostro aniñado. Los ronquidos de su padre resonaban por toda la estancia, pero él ya estaba acostumbrado. Cayó rendido al sueño en pocos minutos.

Muy temprano en la mañana, padre e hijo se levantaron y desayunaron algo de fruta fresca antes de dar inicio a su rutina diaria. Katsuro se dirigió directamente hacia los campos de cultivo para continuar con la siembra propia de aquella época del año. Asatori se le uniría enseguida, pero antes se apro-

visionaría de agua del manantial porque se habían quedado sin reservas.

La aldea donde había nacido y crecido —excepto aquel año perdido del que no recordaba nada— no albergaba para Asatori secreto ni resquicio alguno. Las viviendas de madera, las sucias callejuelas atestadas de ganado doméstico, los huertos de zanahorias y berenjenas, y los verdes arrozales que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista formaban parte intrínseca del paisaje de su memoria. Aunque la aldea no había cambiado, sí que lo había hecho la actitud de sus vecinos. Desde su secuestro, los habitantes con que se cruzaba desviaban la mirada y se apartaban de su trayectoria para evitar rozarlo siquiera. Semejantes muestras de rechazo ya no le dolían tanto como al principio. Su corazón se había endurecido a costa del sufrimiento que había soportado durante tantos años. Asatori ni siquiera participaba activamente de los festivales sintoístas, que presenciaba apartado de la multitud.

El manantial se hallaba al pie de un monte escarpado, trufado de pinos centenarios y cerezos en flor. El aroma a tierra mojada se mezclaba con la fragancia de las hojas humedecidas por el rocío de la mañana, y la corriente de agua producía un plácido murmullo que se superponía al esmerado canto de los pájaros. El lugar se hallaba vacío, salvo por una muchacha que llenaba unos cubos de agua. Asatori no dijo nada y se situó a cierta distancia para evitar que su presencia la incomodara. Pese a que nunca había cruzado una sola palabra con ella, sabía perfectamente quién era porque en la aldea todo el mundo se conocía, aunque solo fuese de vista. Miyuki era una chica menuda y delgada, de rasgos suaves y delicados, que poseía una melena inusualmente corta que le llegaba hasta los hombros.

Asatori bajó la mirada y se centró en la tarea que había ido a llevar a cabo. Ya estaba tan acostumbrado a que lo ignorasen que había asumido aquel comportamiento como algo natural. Al cabo de unos segundos, advirtió que la chica se preparaba para marcharse. Asatori alzó la cabeza y, para su sorpresa, observó que los ojos de Miyuki estaban fijos en él.

Tras verse sorprendida, la muchacha no solo no desvió la mirada, sino que se la sostuvo firmemente como nadie acostumbraba a hacerlo. Finalmente, esbozó una sonrisa que iluminó toda su cara y se giró para emprender el camino de vuelta portando un cubo en cada mano.

Después de perderla de vista, Asatori precisó de varios minutos para recomponerse. La actitud de Miyuki —especialmente la sonrisa que le había dedicado antes de irse— lo había descolocado por completo. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie que no fuese de su propia familia se mostraba amable con él?

Durante el resto de la jornada, mientras se deslomaba en los arrozales con las piernas hundidas hasta las rodillas, Asatori revivió una y otra vez en su mente el fugaz encuentro con Miyuki y la inapreciable muestra de afecto que le había regalado. Al caer la tarde, sin embargo, ya no estaba tan seguro de que el episodio hubiese ocurrido como lo recordaba, y comenzó a preguntarse si no se lo habría imaginado, confundiendo los deseos con la realidad.

Para salir de dudas, Asatori acudió al manantial a la mañana siguiente, y de nuevo tuvo la suerte de volver a coincidir con la muchacha. Miyuki, una vez más, no rehuyó su mirada. Y, por si no fuese suficiente, su rostro reflejaba una expresión serena y confiada que volvió a descolocarlo. Asatori sintió una mezcla de excitación y nerviosismo. La predisposición de la muchacha lo alentaba a iniciar una conversación. Además, las circunstancias no podían ser mejores, pues en ese momento el bucólico paraje que los envolvía les pertenecía solo a ellos.

—Hola —murmuró Asatori, temeroso de que su atrevimiento lo echase todo a perder.

—Hola.

Miyuki dejó entrever de nuevo su encantadora sonrisa.

—Hasta el otro día, nunca antes te había visto por aquí. Y llevo años recogiendo agua de este manantial.

—Eso es porque antes era mi hermano el que venía, pero ahora ya soy lo suficientemente fuerte como para poder encargarme yo misma de la tarea.

—Tu nombre es Miyuki, ¿verdad? —La chica asintió complacida—. Yo solía jugar mucho con tu hermano hasta que... Bueno, hasta que me pasó lo que ya todo el mundo sabe.

—No te preocupes. Sé quién eres y el motivo por el que todos te evitan. Sin embargo, lo que piensen los demás a mí no me importa.

—¿De verdad?

—Si a mi hermano pequeño le ocurriese lo mismo que a ti, no me gustaría que la aldea lo excluyese de esa manera.

Acto seguido, Miyuki avanzó unos pasos para acortar la distancia que los separaba, y, como para dar a entender que su discurso iba mucho más allá de las palabras, tomó con toda naturalidad la mano de Asatori.

En ese momento, un ciervo surgió de la maleza y se aproximó al extremo opuesto del manantial, sin mostrarse intimidado por la presencia de la pareja. Asatori sintió que el tiempo se detenía mientras el hermoso animal bebía, a la par que Miyuki le sostenía la mano sin concebir que él pudiese estar maldito o endemoniado, o lo que fuese que los demás creyeran.

El mágico instante se quebró cuando escucharon voces en las proximidades. El ciervo se puso en alerta y se marchó con el mismo sigilo con el que había llegado. Miyuki le soltó la mano, terminó de llenar su cubo de agua y se preparó para irse.

—¿Te veré aquí mañana a la misma hora? —preguntó Asatori cuando ella enfilaba el camino de regreso.

La muchacha no le contestó en voz alta, pero el brillo de su mirada no dejaba lugar a dudas del sentido de su respuesta.

Asatori aún no se creía lo que había pasado. Con un gesto tan sencillo como cogerlo de la mano, Miyuki le había restituido la dignidad que otros le habían robado y le había devuelto la esperanza que ya creía perdida. Entusiasmado, pensó a lo largo de todo el día el modo de devolverle el gesto y dejarle entrever al mismo tiempo lo que comenzaba a sentir por ella. Asatori no estaba particularmente dotado para las artes, pero al menos había aprendido de su padre a trabajar

la arcilla, habilidad que no se le daba del todo mal. De manera que, tan pronto como finalizó su jornada de trabajo, modeló un ciervo como el que los había visitado en el manantial, confiando en que Miyuki captase su significado.

Al día siguiente, Asatori aguardó la llegada de Miyuki sin poder contener los nervios. Nada más verla, le dio el regalo que él mismo había elaborado con sus propias manos y observó atentamente su reacción. La muchacha se sonrojó, le agradeció el detalle y elogió profusamente la figura del ciervo, pese a su tosco acabado. El mensaje que encerraba el obsequio estaba muy claro, y que fuese más o menos bonito era lo de menos.

Después se entretuvieron conversando durante un rato, breve pero intenso. Primero se centraron en el asunto del que todo el mundo hablaba en ese momento: el reciente secuestro de un niño al que ambos conocían desde su nacimiento, y el miedo que los *tengu* infundían entre la población. Luego hablaron de temas más triviales y circunstancias habituales de la vida cotidiana. Más allá de las palabras, las miradas y los gestos constituían un inequívoco reflejo de lo que uno y otro comenzaban a sentir. Miyuki sonreía todo el tiempo, se tocaba repetidamente el pelo sin darse cuenta y no evitaba el contacto físico casual.

Para cuando se despidieron, Asatori ya no tenía el menor atisbo de duda acerca de los sentimientos que había despertado en ella, hasta el punto de que a Miyuki ni siquiera parecía importarle la posibilidad de que buena parte de la aldea no aprobase su actitud. Asatori lo ignoraba, pero hacía tiempo que Miyuki se había fijado en él. De hecho, su primer encuentro en el manantial no había sido fruto de la casualidad. Ella lo había provocado de forma intencionada.

Por vez primera, Asatori se planteó su futuro desde una perspectiva completamente distinta. Miyuki era bonita, encantadora, pero sobre todo tenía un corazón enorme y libre

de prejuicios. ¿Qué más se podía pedir? Casarse y formar una familia ya no le parecían metas tan fuera de su alcance como lo habían sido hasta ahora. Si daba los pasos adecuados y Miyuki lo aceptaba, sus sueños podrían hacerse realidad. Además, si tal cosa ocurriese, cabía la posibilidad de que otros imitasen el comportamiento de Miyuki, hasta lograr finalmente que nadie más lo considerase un proscrito dentro de su propia aldea. ¿Y si después de todo el destino le concedía la posibilidad de llevar una vida normal?

La visita diaria al manantial, bien temprano en la mañana, se convirtió para Asatori en el momento más esperado de la jornada. Durante tres días consecutivos, él y Miyuki se habían encontrado allí y habían forjado un nexo invisible, pero tangible para ambos, que les auguraba un futuro viable como pareja si nada se desviaba del rumbo establecido. Al cuarto, sin embargo, Miyuki no apareció a la hora acostumbrada, ni tampoco volvió a hacerlo al día siguiente, ni el otro ni el de después.

Asatori comenzó a preocuparse, y llegó a la conclusión de que aquel giro de los acontecimientos no podía tratarse de una casualidad.

Sin un plan preconcebido, decidió acudir a la casa de Miyuki para tratar de obtener información. Al llegar, descartó llamar a la puerta porque sabía que no sería bien recibido. En su lugar, se quedó esperando al otro lado de la calle, hasta que la viese entrar o salir, y poder así averiguar lo que estaba pasando.

No tuvo que aguardar demasiado hasta que la puerta se abrió por fin. El padre de Miyuki, un fornido campesino de la misma edad que Katsuro, salió de la casa dando grandes zancadas y apretando los dientes con tanta fuerza que parecían chirriar.

—¿Cómo te has atrevido a acercarte a mi hija?! —exclamó—. Cuando me lo contaron, al principio no quise creerlo.

El hombre sostenía en una mano el ciervo de arcilla que Asatori había modelado, y lo agitaba en el aire como si constituyese la prueba de cargo de un terrible delito. Acto seguido, arrojó la figurilla al suelo y esta se hizo pedazos con gran facilidad. Pero no conforme con eso, trituró con el pie los fragmentos más grandes que habían quedado.

—¡No pienso dejar que traigas la desgracia a mi familia! —prosiguió, vociferando y rojo de ira—. Y, para evitarlo, he pactado el matrimonio de Miyuki con un pretendiente de una aldea vecina. La semana que viene ya estarán casados. Así que más vale que te vayas olvidando de ella. ¿Está claro?

Asatori no pronunció palabra. Estaba acostumbrado a que lo ignorasen o lo tratasen como a un apestado, pero no a recibir con tanta contundencia una carga de odio en plena cara. Mantenía la cabeza agachada y la vista clavada en los diminutos fragmentos de arcilla que había esparcidos por el suelo, como si en realidad fuese su corazón el que hubiese acabado bajo la sandalia del padre de Miyuki.

Una multitud de curiosos se congregó en torno a la llamativa escena, y enseguida se levantó un murmullo de protesta que lo culpaba a él de lo ocurrido. Por fin, Asatori salió poco a poco de su aturdimiento y, tras echar una última mirada alrededor, se escabulló a toda prisa de allí.

Primero dejó atrás los límites de la aldea, luego atravesó los campos de cultivo dando un rodeo y, finalmente, se internó en las inmediaciones del bosque, donde rompió a llorar sin que nadie lo viese. Asatori no se había sentido tan mal en toda su vida. De la posibilidad de unirse a Miyuki y formar una familia con ella había pasado a constatar de forma definitiva que, sin importar lo que hiciera, la comunidad jamás lo aceptaría como a uno de los suyos.

Asatori continuó caminando durante largo rato, siguiendo el curso de un riachuelo de aguas mansas y cristalinas. Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que se sumió en semejante estado de desdicha, pero, a juzgar por la posición que el sol ocupaba en el cielo, debía de haber transcurrido buena parte del día. Fue entonces cuando unos extraños rui-

dos lo hicieron detenerse en seco. Hasta sus oídos, llegó el sonido de una rápida sucesión de golpes y respiraciones agitadas. Parecía como si una batalla estuviese teniendo lugar muy cerca de allí.

Con mucha cautela, se aproximó a la zona de la cual procedía el bullicio, hasta llegar a un claro donde un grupo de individuos se enfrentaban entre sí. Antes de que advirtiesen su presencia, Asatori se ocultó detrás de unos matorrales para observar la escena sin ser visto.

Enseguida se dio cuenta de que los protagonistas de la supuesta trifulca en realidad no se peleaban, sino que solamente se ejercitaban, pues todos ellos formaban parte de un mismo grupo. Versados en el dominio de las artes marciales, los hombres practicaban el combate cuerpo a cuerpo y también se valían de largos palos que imitaban a las lanzas. Los integrantes de aquella singular milicia llevaban capucha, y en sus vulgares ropajes no se apreciaba distintivo formal de ninguna clase. Desde luego, no se trataba de ningún destacamento del Ejército Imperial.

Cuando terminaron, lo que sucedió a continuación dejó a Asatori más perplejo aún si cabía. Tras despojarse de sus capuchas, primero descubrió que los combatientes llevaban la cabeza rapada. Pero su sorpresa fue aún mayor cuando, tras verlos cambiarse de ropa, comprobó que todos ellos lucían exactamente la misma vestimenta, que no era otra que la inconfundible túnica de color azafrán. ¡Eran monjes budistas!

Después se acuclillaron en el suelo y comenzaron a recitar un mantra tras otro en perfecta sincronía. Conjurado el peligro, Asatori sintió un gran alivio y decidió hablar con ellos para satisfacer su curiosidad. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían allí? Y, si de verdad eran hombres de fe, ¿por qué se entrenaban para el combate? Tan pronto como terminaron sus oraciones, el joven campesino salió de su escondite y se acercó hasta ellos con paso confiado. Los monjes lo recibieron con calidez, fueron amables con él y respondieron diligentemente a todas y cada una de sus preguntas.

Para cuando se despidió de ellos, Asatori ya contaba con la suficiente información como para tomar la decisión más importante de toda su vida.

Asatori llegó a su casa cuando ya atardecía. Katsuro se hallaba en el exterior, haciendo reparaciones en la techumbre de la cabaña. Resultaba obvio que había estado aguardando pacientemente el regreso de su hijo, que se había ausentado durante la mayor parte del día.

—Asatori, ¿dónde has estado? Estaba muy preocupado por ti.

—Lo siento, padre.

—Está bien, pero no te quedes ahí parado. Entremos. He preparado algo de comer.

Katsuro sirvió algo de pescado cocido y se acomodó sobre la estera de paja. A través de la ventana, la última claridad del día se deslizaba en el interior de la cabaña y arrojaba sombras largas y torcidas.

—Estás muy callado —repuso—. ¿Es que no vas a decir nada?

Asatori permanecía cabizbajo y evitaba mirarlo a la cara. Comía con desgana, como si tuviese la cabeza en otro sitio.

—Sé lo de Miyuki y lo que su padre ha hecho para alejarla de ti —dijo Katsuro con tristeza.

—No es justo... —murmuró Asatori.

—No, no lo es. Y no te imaginas lo mucho que me apena.

Tras un largo silencio, Asatori reunió por fin el coraje suficiente como para comunicarle a su padre la decisión que había tomado acerca de su futuro.

—Me marcho —anunció de forma solemne.

Katsuro no se sorprendió por la noticia, pues era plenamente consciente de la insostenible situación de su hijo, del que siempre había sabido que antes o después se marcharía muy lejos de allí. El desgraciado episodio de Miyuki tan solo había supuesto el desencadenante, la gota que colmaba el vaso y que le había dado el empujón definitivo para decidirse.

—¿Adónde? —inquirió.

—A cualquiera de los numerosos monasterios budistas que abundan en el monte Hiei.

—¿Vas a tomar los hábitos? ¿Tú? Eso sí que no me lo esperaba.

—Seré un monje *sōhei* —explicó—. Un monje guerrero. Los templos budistas poseen grandes riquezas y objetos de valor que se han convertido en el blanco favorito de bandidos y piratas. Las fuerzas del Ejército Imperial se hallan desbordadas y no pueden defenderlos. De modo que, para protegerse, los budistas han decidido crear su propio ejército de combatientes.

Katsuro comprendió al instante la decisión de su hijo. Asatori no solo contaba con el físico adecuado, sino que además parecía estar dotado naturalmente para la lucha. Durante su adolescencia, se vio envuelto en numerosas peleas con otros jóvenes de la aldea que no paraban de fastidiarlo. Y, aunque muchas veces había vuelto magullado, sus contrincantes siempre habían salido mucho peor parados que él.

—¿Y estás seguro de que te aceptarán?

—Lo harán. La mayor parte de los jóvenes que están reclutando son de clase campesina. Y, aunque debido a nuestro origen humilde tendremos vetado el acceso a los puestos más elevados de la jerarquía, eso a mí no me importa.

—Pareces totalmente decidido.

—Lo estoy. Allí me proporcionarán techo y comida, y me instruirán en las artes marciales y en el estudio de las enseñanzas de Buda.

Tras el anuncio de su hijo, Katsuro perdió de repente el apetito y se sumió en una profunda tristeza.

—¿Te quedarás hasta que finalice la temporada de la siembra? —le pidió.

—Lo haré, padre. Pero después partiré sin demora.

Katsuro no era muy dado a expresar abiertamente sus sentimientos. No obstante, en ese momento se acercó a Asatori y lo abrazó con todas sus fuerzas. Desbordado por las emociones, fue incapaz de contener las lágrimas, pese a que

solo recordaba haber llorado dos o tres veces en toda su vida. En realidad, Katsuro lloraba por motivos tan diferentes como contradictorios entre sí. Por un lado, lo apenaba tener que separarse de su hijo, al que posiblemente no volvería a ver nunca. Y, por otro, lloraba de alegría por el nuevo camino que Asatori estaba a punto de emprender, que quizás le permitiese alcanzar la felicidad que en su aldea natal jamás encontraría.